

NEOCONDUCTISMO Y PSICOANALISIS
SENTIDO DE UNA APROXIMACION
Y UNA CRISIS

ANTONIO CAPARRÓS

La recepción del psicoanálisis en la psicología académica americana

El psicoanálisis fue conocido desde sus inicios entre los psicólogos americanos. Ya en 1894 William James se hacía eco de algunas ideas de Freud en la *Psychological Review* y en los años siguientes no dejaron de aparecer otras referencias a sus escritos en diversas revistas psicológicas americanas. Sin embargo, toda consideración histórica centrada en la trayectoria seguida por el psicoanálisis en la psicología americana debe arrancar del que fue su verdadero punto de partida: la visita de Freud a la Universidad de Clark en 1909, visita que como es sabido tuvo lugar siguiendo la invitación hecha por G. S. Hall con ocasión de la celebración de su veinte aniversario. Freud, a quien acompañaban en aquella ocasión Jung, Jones y Ferenzci, impartió con aquel motivo una serie de conferencias exponiendo en ellas las grandes ideas del psicoanálisis. A las mismas asistieron buena parte de los principales psicólogos del país, entre ellos W. James, Titchener, Cattell, Münsterberg, Holt, Jastrow, etc.

La visita de Freud, desde luego, resultó todo un acontecimiento académico. No obstante, a pesar de que el mismo Hall lograra que al poco tiempo se iniciara la traducción de algunos escritos freudianos y que el mismo psicoanálisis pasara, como disciplina científica, a enriquecer los cursos de psicología en Clark, lo cierto es que el impacto del acontecimiento no fue suficiente como para convencer a los representantes de la psicología académica americana de la bondad científica de las teorías freudianas.

Por entonces, y a pesar de la esforzada oposición de Titchener, la psicología americana no sólo había optado ya claramente a favor del funcionalismo, sino que en su seno se estaba en pleno proceso de gestación del movimiento que iba a acabar por conferir definitivamente identidad científica a la psicología. En efecto, tres años más tarde de la visita a Clark, en 1912, otras conferencias, esta vez en la Universidad de Columbia, a cargo de Watson, iban a hacerse famosas: en el curso de las mismas el conductismo era expuesto públicamente por vez primera. Un año más tarde aquel manifiesto aparecería en forma de artículo.

Resulta fácil entender por qué y en qué sentido la psicología académica americana, que tan decididamente había optado por el enfoque funcionalista y tan entusiásticamente recibió al conductismo, se mostraba inicialmente tan fría hacia una forma de ver la psicología tan propensa al subjetivismo como la psicoanalítica. En la medida en que el conductismo era no sólo una opción por la conducta, sino además un ataque frontal a la conciencia, resulta bien explicable la resistencia de aquella psicología académico-experimental a una teoría que pretendía ser la sistematización científica de una «conciencia in-

consciente». La escasa —que no nula— receptividad por entonces al psicoanálisis se reflejaría, p. ej., en que en la famosa polémica entre las «escuelas» que caracterizó la vida psicológica del país entre 1910 y 1930, su protagonismo, aunque existiese, fue mucho menor que el de otras escuelas «menores». Para comprobarlo bastaría seguir las revistas psicológicas científicas de aquellos años y comparar el lugar que ocupan en ellas los tópicos psicoanalíticos con el de, p. ej., los del propositivismo de McDougall o de los de la Gestalt.

En las dos primeras décadas de siglo las huellas dejadas por Freud en la psicología experimental americana fueron ciertamente escasas y poco profundas; en todo caso esporádicas. Fuera de algunos trabajos experimentales sobre la represión, por lo demás bastante rudimentarios y realizados siguiendo unos diseños de los que difícilmente puede concluirse que el objeto a investigar es la auténtica represión freudiana, la influencia de Freud apenas se deja sentir en otro sitio que no sea la obra de Holt o la de Woodworth, dos psicólogos de indudable importancia para el asentamiento en la psicología experimental de una dimensión de la conducta inicialmente no programada por el conductismo ortodoxo: la dinámico-motivacional.

En todo caso, la influencia de Freud en ambos no hace más que prefigurar los cauces a través de los cuales iba a incidir, años después, el psicoanálisis en el neoconductismo: los motivacionales. Edwin B. Holt hubiera sido mucho menos conocido si su obra no hubiera marcado decisivamente la de Tolman. Igual que la de éste en el neoconductismo posterior, su posición en el conductismo inicial fue bastante peculiar. Decidido defensor de la conducta como objeto de la psicología —en esto incondicional seguidor de Watson— y buen experimentador, su erudición filosófica le alejaba de todo lo que fuera analizar atomística o molecularmente esa conducta, que estimaba sólo merecía tal nombre si se tomaba molarmente y con un propósito immanente a ella. En su *The freudian wish and its place in ethics* (1915) se aproxima a un psicólogo que nunca vio —como viera Watson— en el determinismo una objeción a la noción de propósito; y lo hace para tomar de él un concepto que le proporcionara una versión empírico-psicológica del propósito. Ese psicólogo era Freud y el concepto «wish».

En cuanto a Robert S. Woodworth, muy próximo a Holt en algunos aspectos y uno de los primeros experimentalistas que abogara por una «motivología», recordemos únicamente que en 1918 publica su *Dynamic Psychology*, en la que presenta uno de los conceptos que luego dará más juego en la psicología experimental: el de «drive». Woodworth, que reconocía las aportaciones del asocionismo y del paradigma explicativo E-R, no estaba dispuesto a renunciar tampoco al carácter propositivo de determinadas conductas. No convenciéndole en absoluto el «instinto» de McDougall para dar cuenta del mismo, encontraría en el «Trieb» de Freud unas notas conceptuales de energeticidad, de plasticidad y de economía que intuyó podrían ser básicas para sus pretensiones. Dotado de tales notas, y por supuesto purificado de cualquier «libidinosa», el drive permitiría un análisis de la conducta, que sin renunciar al

paradigma E-R, reconocería su dimensión motivacional. C. L. Hull iba a demostrar pocos años después la operatividad científica del concepto.

Reducir, sin embargo, la recepción del psicoanálisis en USA a lo que puede concluirse de la acogida que le otorgó la psicología académica sería no sólo simplista sino falso. Y como además la historia de la psicología no es sólo la de la académica, ni sobre todo, la de ésta puede hacerse exclusivamente desde ella misma, bueno será que completemos el cuadro con algunos trazos que permitan una mejor comprensión del proceso de convergencia del psicoanálisis y del neoconductismo.

La recepción del psicoanálisis en la psiquiatría americana y el proceso de establecimiento de la psicología clínica

Es seguro que antes de la llegada de Freud a Clark el psicoanálisis era ya aplicado en USA al tratamiento de pacientes con síntomas neuróticos. Parece que el primero en hacerlo fue James J. Putman, un neurólogo de la Harvard Medical School, en 1904; el mismo Putman en 1906 hablaba por vez primera de «psychoanalysis» en el *Journal of Abnormal Psychology*, y en 1910, tras las conferencias citadas, defendía las teorías freudianas ante la American Neurological Association. La actitud de hombres del prestigio de Putman fue decisiva en la buena acogida que el psicoanálisis tuvo en USA entre los psiquiatras, acogida que por parte de éstos no fue igualada en ningún otro país del mundo, y que sólo es equiparable, quizá, a la que le proporcionó el público americano en general.

La mejor manera de dejar constancia de esta favorable acogida es mencionar una serie de fenómenos históricos representativos de la misma y que vistas las dificultades que el psicoanálisis encontró en la mayor parte de los medios psiquiátricos europeos resultan casi sorprendentes. ¿Acaso no lo es que W. A. White, profesor desde 1904 de «enfermedades nerviosas y mentales» en la Universidad de Georgetown, pionero del importante movimiento de «higiene mental», presidente en 1924 de la American Psychiatric Association, etc., se constituyera desde la primera década de siglo en un decidido defensor de las ideas de Freud? Una actitud similar es la que asumió otro de los grandes hombres de la psiquiatría americana, S. E. Jelliffe, auténtico fundador de la medicina psicosomática en USA, quien con su obra hizo que dicha disciplina se orientara psicoanalíticamente en aquel país. Sería también Jelliffe quien en 1911 y 1912 invitara a C. Jung a dar una serie de conferencias a la Medical School de la Fordham University. Justamente White y Jelliffe, quienes en 1915 publicaron conjuntamente un importante tratado psiquiátrico, fueron los fundadores en 1913 de la primera revista psicoanalítica en inglés, *Psychoanalytic Review*.

Esta profunda incidencia del psicoanálisis en la psiquiatría americana se explica mejor si se tiene en cuenta que ésta mostró bien pronto una clara in-

clinación por el enfoque dinámico de sus problemas. No faltaron quienes como Witmer no se sintieran en absoluto identificados con el mismo. Witmer, quien propiamente era un psicólogo doctorado nada menos que bajo Wundt en Leipzig en 1892 y que al haber fundado en 1896 la primera clínica psicológica en Filadelfia, próxima a la Universidad de Pennsylvania, y haber sido el primero en utilizar corrientemente los términos «método clínico» y «psicología clínica», es considerado el «padre» de ésta, concibió siempre el estudio de los casos individuales de forma cuantitativa —fue asistente de Cattell por algún tiempo—, estática y segmentaria. Amante del trabajo interdisciplinario, su trabajo estuvo siempre muy vinculado a los médicos de tendencia neurológica y dentro de la tradición de Kraepelin y del mismo Wundt.

Testimoniada la presencia de unas tendencias psiquiátricas ajenas al enfoque dinámico a fin de alejar de nuestra exposición cualquier sospecha de simplismo histórico, podemos hacer un par de constataciones históricas, fiel reflejo de la importancia del enfoque dinámico en el contexto a que nos estamos refiriendo. En primer lugar debe mencionarse la figura y obra de Morton Prince, profesor de psiquiatría desde 1902, y concretamente en Harvard desde 1926 hasta su muerte en 1929 profesor de «psicología anormal y dinámica». Prince, hombre clave en la psiquiatría americana, fue presidente y fundador de la American Psychopathological Association, presidente de la American Neurological Association, fundador en 1906 del *Journal of Abnormal Psychology* y desde los ochenta del siglo pasado investigador infatigable en el campo de la psicopatología hacia la que había iniciado sus intereses motivado por los trastornos psíquicos de su esposa. A partir de aquellos años se centró en los fenómenos inconscientes y de personalidad múltiple, fenómenos que afrontó desde una perspectiva dinámica muy dentro de la tradición francesa y bajo la influencia especial de Janet. Esta tradición era bien conocida en USA y pronto incidió en mentalidades como la de W. James, quien por otra parte fue un buen amigo de Prince.

Este, junto con Ribot, Janet y Münsterberg, entre otros, tuvo una importante participación en un simposium celebrado en 1910 dedicado a la discusión de los fenómenos inconscientes; tres años más tarde publicaba *The Unconscious*, obra fundamental entre las suyas, en las que se establecía el papel central de los aspectos motivacional-dinámicos en la psicopatología y se describían las peculiaridades del método científico dentro de su ámbito. Fueron justamente los aspectos metodológicos los determinantes de su no identificación con Freud, así como de su aproximación a la obra de Janet. Prince era de la opinión de que las dimensiones especulativas y simbólicas del psicoanálisis entraban en contradicción con el ideal científico y obstaculizaban el proceso de aproximación definitiva y por él deseada entre psicología clínica y experimental. En este sentido tiene interés su *Clinical and Experimental Studies in Personality* (1929). No obstante, la naturaleza misma de los fenómenos estudiados por Prince, así como su enfoque teórico y metodológico constituyen, sin duda, un buen suelo de cultivo para el psicoanálisis, por mucho que Prince pretendiera —y lograra— distanciarse de Freud.

Pasaremos a nuestra segunda constatación histórica señalando que la ya citada clínica de Witmer no fue más que el inicio de una corriente que pronto se convertiría en una de las fuerzas decisivas en la configuración de la psicología clínica de aquel país: el establecimiento de clínicas psicológicas. También en ella se haría operativamente presente la orientación dinámica e incluso psicoanalítica de la psiquiatría americana. Tal fenómeno se pone de manifiesto en la obra de otro significativo psiquiatra, esta vez de Chicago, pionero en el campo de la delincuencia juvenil e igualmente hombre básico en la constitución de la psicopatología americana. Nos estamos refiriendo a William Healy, fundador en 1909 de una importante clínica psicológica en Chicago, más vinculada a los tribunales de justicia que a los medios universitarios y que en general ejerció una gran influencia en el ámbito de las clínicas psicológicas —existían unas 24 al iniciarse la Primera Guerra Mundial—, a pesar de que éstas en su mayoría fueran universitarias.

Healy insistió siempre más en los aspectos sociales y emocionales que en los intelectuales y cognitivos, en los holísticos que en los segmentarios; señaló la insuficiencia de los tests psicométricos para establecer un correcto diagnóstico clínico, siendo de los primeros en subrayar que la psicología clínica tenía que ir mucho más lejos de lo que alcanzaban los tests; destacó la necesidad de atender a aspectos cualitativos como los derivados del estudio de la historia del individuo y de los factores complejos y múltiples que marcan la formación de su personalidad. De este modo la obra de Healy no sólo contribuyó a poner de relieve las dimensiones psicológicas de la delincuencia; su orientación teórica, al mostrarse operativa en su clínica, descubrió las posibilidades del punto de vista dinámico, motivacional, holístico y cualitativo en la praxis psicológica.

Aquel gran organizador que fue Ernest Jones debió comprender rápidamente las posibilidades del psicoanálisis en un país cuya psiquiatría se mostraba tan propensa a enfoques dinámicos. El hecho es que él mismo se decidió ya en 1911 a organizar la American Psychoanalytic Association, siendo el mencionado Putman su primer presidente. Ese mismo año un médico neoyorkino, Abraham A. Brill, funda también la New York Psychoanalytic Society. Brill, que había visitado a Jung y a Freud en Europa, había iniciado formalmente ya tres años antes, en 1908, una nueva modalidad psiquiátrica: la práctica privada del psicoanálisis. Además de haber sido el primer traductor al inglés de Freud (*Selected Papers on Hysteria and Others Psychoneurosis*, 1909), a Brill se le debe una importante obra sobre la influencia de Freud en la psiquiatría publicada tras la muerte de éste.

Las posibilidades y la influencia real del psicoanálisis en la psiquiatría americana, importantes ya desde inicios de siglo, crecieron aceleradamente en las décadas siguientes. Prueba de ello son el establecimiento sucesivo de varios institutos psicoanalíticos: en 1931 el de Nueva York, en 1932 el de Chicago, etc. Desde luego que en este crecimiento tuvo mucho que ver la llegada de Europa durante las décadas de los veinte y de los treinta de muchos e impor-

tantes psicoanalistas: Sachs, Rank, Alexander, Horney, Fromm. No radica aquí, sin embargo, toda explicación de este acelerado crecimiento. Pensamos que este fenómeno está estrechamente relacionado con el auge de la psicología clínica en USA a partir de la Primera Guerra Mundial, auge que por otra parte se desarrolló dentro de unos derroteros teóricos y metodológicos que en buena parte quedaron determinados por el enfoque dinámico de grandes áreas de la psiquiatría americana, cosa que a su vez explica la extensión que hemos dedicado a las consideraciones anteriores.

Generalmente se hace coincidir la fecha del nacimiento de la psicología clínica con la de la fundación de la clínica de Witmer en Pensilvania. Desde entonces, ciertamente, la psicología clínica ha florecido ininterrumpidamente, aunque con ritmo desigual y siguiendo unas vicisitudes muy diversas. Un punto de inflexión claro en su curva de crecimiento lo constituye la Primera Guerra Mundial; con ella el ritmo de crecimiento se acelera, si bien esta aceleración no significa inicialmente un cambio de orientación en la misma. Los éxitos de los tests en la guerra no hacen más que acentuar su orientación psicométrica predominante, de forma que bien puede decirse que en el primer cuarto de siglo «psicología clínica» y «testing» —preferentemente de inteligencia— se identifican. No obstante, a finales de los veinte el crecimiento y predominio psicométricos llegan a su tope y otros enfoques distintos comienzan a abrirse paso, enfoques que como veremos van a favorecer los puntos de vista psicoanalíticos.

Conviene, sin embargo, que antes añadamos otras consideraciones. El crecimiento de la psicología clínica a partir del fin de la Guerra lleva consigo desde un primer momento una ampliación de sus campos de aplicación. Desde sus problemas iniciales de naturaleza básicamente educacional, el psicólogo clínico cada vez está también más presente en el área de los enfermos y/o deficientes mentales, así como en el de la delincuencia. Este mismo proceso se refleja en el de establecimiento de nuevas instituciones. Las primeras clínicas psicológicas, surgidas ya antes de 1914, eran generalmente anexas a las universidades o a los «teachers colleges» y se ocupaban casi exclusivamente de problemas psico-educacionales. Tras 1920 el crecimiento de este tipo de clínicas es espectacular; en 1941 se llega a la cifra importante de 150; por otra parte, al ser anexas a la universidad, favorecen la impartición de cursos universitarios de psicología clínica. Sin embargo, no son éstas las únicas instituciones psicológico-clínicas que aparecen tras 1920. El interés psicológico por la enfermedad mental se refleja en la creación de muy diversos laboratorios psicológicos en centros hospitalarios, cosa que va a favorecer, por una parte, a la investigación psicológica como tal y, por otra, a la toma de conciencia por parte de los psicólogos de sus posibles funciones en centros hospitalarios. A esto hay que añadir el surgimiento de clínicas especializadas para deficientes mentales, así como una continuidad de la obra de Healy en el sentido de una presencia cada vez mayor y más activa del psicólogo en los problemas de delincuencia y del establecimiento de clínicas psicológicas vinculadas a centros penitenciarios.

Esta ampliación de sus áreas de aplicación con los intercambios interdisciplinarios que llevaba consigo hizo que los psicólogos clínicos tomaran conciencia creciente de la insuficiencia de su orientación psicométrica. A pesar de que en los años veinte se realizaran trabajos significativos en favor del prestigio científico de los tests y que en los treinta se llevaran a cabo importantes revisiones y mejoras de los mismos, los psicólogos clínicos empezaron poco a poco a sentirse insatisfechos con una función tan limitada como el mero «testing». Su disconformidad con el enfoque psicométrico y con una psicología casi exclusivamente de rasgos condujo en un principio a la reivindicación de unas funciones diagnósticas que contaran también con la historia del sujeto y con su desarrollo, que contemplaran al individuo como totalidad. Planteada esta reivindicación, sería inminente una segunda: la participación de los psicólogos clínicos en las tareas terapéuticas. De hecho al final de los treinta los psicólogos clínicos pueden mostrar en su haber importantes logros en el terreno de la psicoterapia. Como telón de fondo en el rompimiento de estos esquemas psicométricos estrictos se encuentra una de las fuerzas que más influirían en la configuración de la psicología clínica americana: la existencia de una importante corriente dinámica en la psiquiatría americana y el lugar predominante que dentro de la misma ocuparía el psicoanálisis.

No estará de más recordar un dato histórico que no hace más que manifestar desde otra vertiente este fenómeno. Son justamente los años treinta el período en el que se popularizan al máximo en USA los tres proyectivos, unas pruebas que como es sabido se fundan en una visión holista y dinámica de la personalidad. Concretamente el test de Rorschach, aunque presentado por éste en 1921, llega a los psicólogos americanos en los treinta, y Murray y Morgan sacan su TAT en 1935. Por otra parte, la introducción de este enfoque dinámico incluso a nivel de pruebas psicológicas, no debe entenderse, ni mucho menos, como el fin del enfoque psicométrico. Notemos al respecto el importante papel que van a desempeñar a partir de 1940 los inventarios de personalidad y la significación adquirida por el análisis factorial.

Sin embargo, hay algo que debemos poner de relieve por ser fundamental para los objetivos de este artículo. Una vez que los psicólogos clínicos optan por un enfoque más dinámico en sus tareas diagnósticas y por el desempeño de unas funciones terapéuticas, ¿dónde habrán de dirigir sus pasos a la hora de proporcionarse unos instrumentos teóricos mínimamente coherentes, unas técnicas adecuadas, una concepción de la personalidad que les permita no acudir desasistidos ante sus pacientes? Desde luego, no a la psicología académica, y no tanto por las tensiones existentes a la sazón entre ella y la aplicada, sino porque los problemas que se debatían en los laboratorios universitarios eran absolutamente ajenos a los que preocupaban a la psicología clínica. Justamente esta carencia de instrumental teórico y técnico explica, dada la demanda del mismo, la aparición en la segunda mitad de los treinta de las primeras obras importantes sobre la personalidad no estrictamente psicoanalíticas —en USA— escritas en algunos casos por psicólogos no ajenos a la ac-

tividad universitaria pero disconformes con el enfoque neoconductista entonces dominante. Nos estamos refiriendo a Stagner (1936), Allport (1937), Murray (1939), Rogers (1939), etc.

No obstante, aun reconociendo el interés histórico de algunas de estas obras, sobre todo en el ámbito de las teorías de la personalidad, al menos en el momento de su aparición no tenían chance alguna frente a la teoría psicoanalítica. Buena o mala era de hecho la única alternativa válida si lo que se buscaba era una teoría de los trastornos mentales, de la personalidad, del desarrollo del psiquismo y, al mismo tiempo, un proyecto terapéutico. Y, por supuesto, para los psicólogos clínicos les era mucho mejor conocida ya de entrada; por entonces estaba ya hondamente arraigada entre los médicos y concretamente entre los psiquiatras.

Con la Segunda Guerra Mundial la conciencia terapéutica de los psicólogos-clínicos fue en aumento; el arraigo definitivo de esta conciencia se asentaba, además, en una demanda social real. Esta se inspiró en buena parte en el reconocimiento de su praxis terapéutica tras sus aportaciones al tratamiento y rehabilitación psicológicos durante la Segunda Guerra Mundial y dentro de ella, aportaciones que respondían a la llamada de médicos y psiquiatras al verse superados por la magnitud alcanzada por los trastornos psicológicos de naturaleza bélica o parabélica. En este sentido bien puede decirse que a lo largo de los cuarenta se produjo el reconocimiento definitivo de la dimensión terapéutica de la psicología clínica y de la capacidad del psicólogo clínico para entender sobre la etiología de los trastornos psicológicos, así como para afrontar la tarea de su curación. En alguna manera este reconocimiento se vería sellado por el reajuste en aquellos años del A.P.A. y sus divisiones, así como en algunos curricula universitarios.

El reverso de este reconocimiento definitivo es la difusión máxima alcanzada por el psicoanálisis en los finales de los cuarenta e inicios de los cincuenta. Y decimos reverso por la idea antes apuntada: era la única alternativa conocida y mínimamente coherente y válida que respondía a las necesidades de los psicólogos clínicos. Pronto aparecieron, es verdad, otros proyectos psicoterapéuticos —p. ej., en 1942 se publican *Psychotherapy with Children*, de F. Allen, y *Counseling and Psychotherapy*, de C. Rogers—, con posibilidades de arraigo creciente entre quienes no acababan de identificarse con el irracionalismo, determinismo y pesimismo de Freud. Pero, independientemente de que tales proyectos no pudieron nunca evitar la confrontación con las ideas de Freud ni una eventual asunción parcial de las mismas, lo cierto es que a mediados de siglo la orientación psicoanalítica era ampliamente reconocida por los psicólogos clínicos, entre quienes eran bien conocidas la versión inglesa de bastantes escritos de Freud junto con las obras más representativas de los principales psicoanalistas de la llamada «segunda generación», una generación que tendría mucho de «americana» y en la que destacan nombres como los de Alexander, Fenichel, Horney, Fromm, A. Freud, Spitz, etc.

Hechas estas consideraciones sobre la recepción del psicoanálisis en la

psiquiatría y en la psicología clínica americanas estamos ya en disposición de entender mejor el proceso de aproximación entre psicoanálisis y neoconductismo, proceso que resultaría históricamente incomprensible una vez constatada la negativa acogida de aquél dentro de la psicología académica de aquel país de signo claramente experimental y conductista.

El proceso de convergencia entre el psicoanálisis y el neoconductismo

Hemos escrito que ni la historia de la psicología es la de la experimental o académica —aunque en sentido estricto no se las pueda identificar— ni sobre todo la de ésta puede hacerse exclusivamente desde ella misma. Esta afirmación esperamos que quedará plenamente justificada tras las líneas siguientes y a la luz de las anteriores.

En el período transcurrido entre ambas guerras mundiales las relaciones entre la psicología académico-experimental y la aplicada en todas sus modalidades no fueron nada fáciles. Si nos ceñimos más concretamente a la clínica podemos constatar una relación de oposición y división; los académicos rechazaban a los clínicos por ser escasamente científicos, mientras que éstos les acusaban a aquéllos por su escasa dedicación a la investigación de la problemática clínica y a la formación de los psicólogos clínicos. Desde luego que los psicólogos clínicos eran graduados por las universidades y que a partir de 1920 los títulos académicos se impartieron de forma creciente, pero lo auténticamente cierto es que tras esos títulos se hallaba una formación universitaria que difería de la que recibían los psicólogos experimentales sólo en algunos cursos sobre tests y «abnormal psychology».

Si a esto añadimos que aquel profesorado universitario era además incapaz de proporcionar una orientación aplicada a sus enseñanzas experimental-teóricas y que las posibilidades por parte de los alumnos de trabajar como «internos» en las clínicas universitarias eran escasísimas, se entenderán bien las quejas crecientes de los psicólogos clínicos. Durante el período en que estamos situados los psicólogos académicos fueron poco sensibles a ellas. En este sentido, la posibilidad de acceso del psicoanálisis a los mismos desde el campo de la psicología clínica se encontraba también cerrada en un principio.

Tal cerrazón admite alguna explicación. En primer lugar, lo admite el que en aquellos años la psicología aplicada no encontrara acceso en el seno de la académica a pesar de que ésta había aceptado desde sus inicios una orientación decididamente funcional; y es que la psicología americana andaba demasiado preocupada por aquellos años por el logro de su identidad científica, tanto desde el punto de vista del método como de la sistematización. Recordemos que Koch habla de la «edad de la teoría» al referirse a los años treinta e inicios de los cuarenta.

Esta explicación vale en principio por lo que respecta al psicoanálisis, si

bien admite alguna matización ulterior. A pesar del auge que iba conociendo éste en el mundo americano, o quizá por ello, el celo teórico y metodológico del conductismo en aquellos años acentuaba sus resistencias contra él. «La naturaleza subjetiva del psicoanálisis —escribe Sears (1944, 306)— supuso un serio obstáculo al no permitir una verificación empírica que proporcione su comprobación o desaprobación... (además) se ocupa sobre todo de las emociones y motivos más fuertes y poderosos, de aquellos que como la sexualidad, la agresión, la ansiedad, el orgullo, el idealismo o lo irracional más se escapan del control de la sociedad; siendo esto así nada puede extrañar menos que el que los experimentadores se asusten de su presencia en los laboratorios.» Así, pues, el carácter subjetivo y complejo de los fenómenos psicológicos enfatizados por el psicoanálisis es el responsable de la resistencia de una psicología totalmente centrada en el rigor de lo «puramente» objetivo y en la investigación de unos procesos y estructuras de aprendizaje situados en unos niveles más bien bajos, y por tanto simples, en las escalas filo-y ontogénicas.

Sin embargo, poco a poco tales resistencias empezaron a acusar los embates de la psicología clínica en general y del psicoanálisis en particular. Por una parte, los embates eran cada vez más fuertes: la presencia de los psicólogos clínicos era crecientemente operativa y sus exigencias a los académicos cada vez más objetivas. En este sentido, dentro de lo que dijimos en el apartado anterior cabe enfatizar el crecimiento espectacular de la psicología clínica con el arraigo creciente en su seno del psicoanálisis a partir de 1945. Las respuestas de los psicólogos académicos a las exigencias de los clínicos se hicieron inaplazables y ello significaba varias cosas: cierto cambios de actitud más o menos profundos en lo que concierne a la formación de los psicólogos; el convencimiento, aunque nunca sin recelos y resistencias, de que psicología académica y clínica tenían que caminar más unidas; mayor atención experimental a los aspectos etiológicos y terapéuticos de las perturbaciones conductuales.

Por otra, las resistencias del neoconductismo se iban haciendo más débiles y ofrecían más flancos. Desde dentro, a lo largo de los cuarenta, se entró en una fase de relajamiento en el rigor metodológico, de liberalización, que permitía una mayor atención a los aspectos experienciales de la conducta; en tal proceso de liberalización tendría mucho que ver la conciencia creciente de que se habría fracasado en el intento de lograr «el» sistema o «la» teoría en psicología. En segundo lugar, los neoconductistas ya antes de llegar a los cincuenta se vieron abocados a problemas que si bien ellos creían poder teorizar dentro del paradigma E — R, «empíricamente» eran de una complejidad difícil de imaginar en situaciones experimentales propias del condicionamiento. En tercer lugar, y en estrecha conexión con el punto anterior, el neoconductismo sintió una especial atracción por los temas motivacionales, aunque fueran tratados dentro de un contexto dominado por el aprendizaje; por mucho juego que dieran el concepto de «drive» y/o las necesida-

des fisiológicas de los organismos inferiores, pronto echaron en falta contextos empíricos y teóricos que les proporcionaran algunas hipótesis o conceptos capaces de abrir cauces a un estudio cabal de la conducta en toda su complejidad.

Supuesto el proceso de liberalización metodológico y dadas las exigencias derivadas de los puntos segundo y tercero, no tiene nada de extraño que los neoconductistas dirigieran sus miradas al psicoanálisis, que además de presionar sobre ellos desde la clínica y con el prestigio que le daba ser la única alternativa *psicológica* en el tratamiento y explicación de los trastornos psicológicos, se presentaba a sus ojos con un buen puñado de hipótesis y conceptos realmente promisorios dentro de la psicología motivacional, de la personalidad y en general de una psicología que se quiera ocupar de situaciones cuya complejidad vaya más allá de la que pueda proporcionar un laboratorio diseñado en función de las exigencias de la psicología animal.

Como siempre ocurre en la historia, este proceso de convergencia entre psicoanálisis y neoconductismo que alcanzó su culminación a lo largo de los cuarenta y en los primeros años de los cincuenta, conoció numerosas anticipaciones que lo fueron prefigurando y determinando, y que a su vez son expresión de la existencia histórica del mismo. Estas anticipaciones en algunos de los casos son más que nada aproximaciones más o menos aisladas de la psicología experimental a algunos conceptos clínicos, preferentemente psicoanalíticos; sin embargo, en la medida en que tales experimentos fueron vistos por los neoconductistas que llevaron a cabo tal proceso de convergencia de modo formal como antecedentes de su propio trabajo, podemos hablar en el sentido que venimos haciéndolo.

Prueba de ello es que uno de los neoconductistas que más se distinguieron en el intento que estamos analizando, R. R. Sears, publicara en 1943 y en parte como aportación a ese intento, un interesante informe sobre los «estudios objetivos» realizados hasta entonces sobre los «conceptos psicoanalíticos». Sears, quien siempre afrontó la aproximación al psicoanálisis desde la teoría E — R con sentido crítico, recogió en su revisión unos 150 trabajos; casi todos ellos eran experimentales, pero no faltaban los basados en una observación presuntamente rigurosa ni los llevados a cabo en laboratorios psicológicos anexos a centros hospitalarios. La mayoría de estos trabajos se habían realizado a lo largo de los treinta y versaban sobre las hipótesis freudianas acerca de la represión, de la regresión y fijación; sobre la sexualidad infantil y sus correspondientes zonas erógenas; sobre las relaciones padres e hijos y otros temas similares.

Aquí más que pasar revista a los estudios dichos y constatar cuáles apoyaban y cuáles desautorizaban las ideas de Freud, nos interesa constatar la presión creciente que a partir de los años veinte fue ejerciendo el psicoanálisis sobre la psicología experimental a través de la psicología clínica y de la psiquiatría de enfoque dinámico, así como el surgimiento paulatino de la necesidad de una mayor aproximación entre ambos modos de ver la psicología.

Por otra parte, tales aproximaciones no siempre adquirieron la concreción de un «estudio objetivo». Que los mismos conductistas de los años veinte vivían ya de alguna forma «aproximados» a pesar de sus pesares lo demuestra que el mismo Watson en el año 1924 tuviera que reconocer la influencia de Freud y aceptar el inconsciente como lo no-verbalizado. Y algo parecido podríamos añadir de otros neoconductistas señeros y posteriores: el cuño freudiano de algunos conceptos de Tolman es bien sabido, pero, ¿y qué decir del «inductivo» Skinner?, acaso sus escritos no están salpicados de referencias a Freud, desde luego polémicas y plenas de dialecticidad, pero testimonios evidentes de tal «aproximación»?

Ahora bien, si queremos seguir cabalmente la trayectoria del proceso de convergencia que estamos analizando, si queremos que los árboles nos dejen ver el bosque, deberemos trasladarnos a Yale, a su Instituto de Relaciones Humanas y a su departamento de psicología, con Hull y sus discípulos. El citado instituto es uno de los centros de trabajo interdisciplinario con incidencia en la psicología más importantes que hayan existido. Sus orígenes se remontan a la llegada a Yale del funcionalista J. R. Angell en 1921; en 1924 establecía en aquella universidad el Instituto de Psicología y lo concebía como un lugar de trabajo interdisciplinario que tratara de integrar la investigación básica en los campos de la psicobiología, de la antropología y de la biología. Angell creía que éste era el camino que había de seguir la psicología.

Al no ver satisfechos sus deseos, Angell propuso una aproximación más amplia y abierta a la conducta humana. A este proyecto iba a responder el famoso Instituto de Relaciones Humanas, que se empezó a planificar en 1929 y que entró en funcionamiento a finales de 1931; su director sería Mark May e incluía psicología, psiquiatría básica y clínica, sociología y antropología, biología de primates y desarrollo infantil. En 1930 Angell afirmaba que el establecimiento del Instituto obedecía a un doble fin: la investigación de los problemas básicos de la «naturaleza humana» y del orden social, y la formación de personal capacitado para trabajar en estos campos. A lo largo de una década aproximadamente pasaron por el instituto, entre otros, N. E. Miller, J. Dollard, O. H. Mowrer, R. R. Sears, L. W. Doob, K. W. Spence, C. I. Hovland, J. W. M. Whiting, etc., todos ellos vinculados de una forma u otra a C. L. Hull, inspirador teórico de los trabajos del instituto, y que en las décadas de los treinta y cuarenta convirtió a la Universidad de Yale en el principal centro de investigación psicológica del país. El mismo Hull organizó en 1936 unos seminarios abiertos, dados junto con los citados Miller, Dollard y Mowrer, que atrajeron a muchos psicólogos importantes.

Antes de entrar en la exposición de las principales investigaciones llevadas a cabo en Yale queremos dejar sentados varios puntos. En primer lugar, la aproximación de la teoría E—R al psicoanálisis acontece en Yale a través de una serie de investigaciones y estudios que obedecen a un cierto plan, y que no deben ser considerados de forma aislada o esporádica; en el Instituto

de Relaciones Humanas se respiraba un ambiente receptivo hacia el psicoanálisis y éste desempeñó un papel central en sus estudios; por otra parte, varios de los psicólogos mencionados recibieron formación de laboratorio, como correspondía a unos psicólogos experimentales estrictos, y al mismo tiempo de clínicos, llegando a analizarse didácticamente en Institutos Psicoanalíticos tan prestigiosos como el de Berlín o el de Viena.

En segundo lugar, debemos subrayar que el psicoanálisis llegó a Yale por el camino de la psiquiatría y de la psicología clínica, y gracias al prestigio que le venía desde su posición en las mismas. La verdad de esta constatación no queda en absoluto afectada por el hecho de que la teoría E — R se enriqueciera por la incorporación a la misma de algunos conceptos psicoanalíticos, cosa que realmente ocurrió. Evidentemente, el que la teoría de Hull pudiera incorporar problemas tan complejos y tan difíciles de plantear desde el laboratorio animal como el de la ansiedad —con todas sus implicaciones en el tema de la motivación aprendida— o el del conflicto y la agresión y su desplazamiento fue para ella una buena prueba de su bondad científico-teórica, un buen aval para poderse presentar como una teoría bastante acabada de la motivación. No obstante, el que la teoría psicoanalítica le proporcionara a los hullianos el contenido psicológico de tales problemas motivacionales no nos debe hacer olvidar que difícilmente se hubiera acudido a ella si no se hubiera podido presentar como la *única teoría psicológica* a la sazón con prestigio en el mundo de la psiquiatría y de la psicología clínica.

En tercer lugar y finalmente, el fundamento teórico y metodológico de los estudios de Yale fue la teoría del aprendizaje de Hull; el psicoanálisis proporcionó el problema y su contenido psicológico, Hull el método para afrontarlos y el paradigma teórico para explicarlos. Los conceptos teóricos de Hull se derivan de sus investigaciones en laboratorio animal, o al menos reciben de ellas su validez científica. En este sentido, al ser aplicados a temas psicoanalíticos, bien puede decirse que lo son a problemas muy alejados de aquéllas. Los problemas de la personalidad que se observan en la situación psicoanalítica son bien distintos de los observados por los psicólogos experimentales tradicionales. No obstante, Hull siempre había sostenido que su teoría la proyectaba con la intención de llegar a ser una teoría de la conducta humana en general; si se había limitado en sus estudios empíricos a los organismos inferiores era porque la simplicidad de su conducta le facilitaba el establecimiento de unos fundamentos más firmes de dicha teoría de la conducta en general. Ciertamente, Hull mismo nunca llevó a cabo esta generalización de su teoría a la temática de la personalidad, pero lo hicieron sus discípulos, en algunos casos para abandonar el tronco teórico común como resultado de tal intento.

Dicho esto entramos ya en la exposición de los principales logros llevados a cabo si no en Yale mismo, al menos en el espíritu emanado de Yale. Empezaremos por exponer algunos logros parciales derivados de esta aproximación del neoconductismo al psicoanálisis, independientemente de que

tales logros fueron posteriormente incorporados a intentos más globales en esa misma línea. A continuación nos detendremos en este tipo de intentos; con especial atención expondremos el de Dollard y Miller. En ambos apartados tendremos en cuenta que se trata de estudios generalmente muy conocidos y en gran parte incorporados al caudal de conocimientos empíricos aceptados en la psicología. Cerraremos nuestras consideraciones con unas de carácter evaluativo y crítico.

Uno de los trabajos realizados bajo los auspicios del Instituto de Relaciones Humanas más citado es la monografía de Dollard, Doob, Miller, Mowrer, Sears, Ford, Hovland y Sollenberger *Frustration and Aggression* (1939). El trabajo se basa en una de las primeras ideas lanzadas por Freud sobre la agresión, mucho antes de que sus trabajos teóricos se contaran en esta problemática y la de la pulsión de muerte. Según su hipótesis la frustración de los deseos pulsionales conduce a una agresión a la fuente de la frustración. Aunque la hipótesis inicial planteada por Dollard y cols. fue formulada en términos demasiado generales —toda frustración conduce a la agresión y viceversa—, el análisis en términos E — R del problema fue extraordinariamente fecundo y dio origen a una gran cantidad de investigación. La estrecha vinculación entre agresión y frustración, si bien no en los términos inicialmente propuestos, quedó confirmado y fenómenos como el de la agresión desplazada quedaron experimentalmente elucidados. En 1941 Miller y Sears volvieron sobre el tema en un simposio sobre la frustración al que asistieron otros muchos psicólogos interesados en la temática psicoanalítica, y el mismo Miller volvió posteriormente sobre el tema dentro del contexto de su modelo teórico del conflicto.

Atkinson (1964, 178) sostiene que es el concepto de *ansiedad* el que más ha favorecido la formulación de conceptos psicoanalíticos en términos teóricos E — R. Fue Mowrer en 1939 el primero en ocuparse de esta problemática y lo hizo apoyándose de la idea de Freud de la ansiedad como señal de peligro lanzada por el yo y que pone en marcha los mecanismos de defensa, incluido el represivo; es decir, Mowrer se basaría en la segunda y definitiva versión de Freud sobre la angustia o ansiedad. A partir de entonces en el contexto teórico hulliano la ansiedad fue conceptualizada como drive o impulso y se convirtió en el fundamento de la investigación sobre motivación aprendida. Durante los cuarenta el gran investigador de la ansiedad como impulso sería Miller, quien incorporaría sus trabajos en las obras en colaboración con Dollard, mientras que Mowrer modificaría bastante su postura inicial, sobre todo a partir de 1950. En la década de los cincuenta la temática de la ansiedad se trasladará a Iowa con Spence. Allí Spence junto con Taylor y otros, concibiendo la ansiedad como drive, estudiaron con sujetos humanos unos fenómenos muy similares a los que Mowrer y Miller habían observado en sus experimentos clásicos sobre el aprendizaje de evitación con organismos inferiores. Supera el marco de este artículo entrar en el análisis de los resultados de los estudios de las diferencias individuales en la ansiedad rea-

lizados por los de Iowa, así como en sus polémicas con el grupo de Yale, esta vez encabezado por Sarason y Mandler, o con Cattell y Eysenck, polémicas que, sin duda, con las aportaciones de Epstein, Spielberger, Schachter y otros, han contribuido a una mayor profundización en la naturaleza y funciones de la ansiedad, pero que nos alejan ya demasiado de la fuente freudiana, de la que inicialmente recibieron su inspiración Mowrer, Miller y demás posthullianos.

Otro de los conceptos centrales en la teoría freudiana es el de *conflicto*. También éste fue incorporado en el marco de referencia hulliano, si bien tal incorporación se llevó a cabo siguiendo unos esquemas más lewinianos que freudianos, cosa explicable por cuanto Lewin fue mucho más preciso que Freud en sus análisis. La formulación en términos E — R del conflicto la llevó a cabo Miller en 1944, habiendo vuelto sobre el tema en numerosas ocasiones. Miller concibió su formulación como el punto de partida de un programa de experimentos con animales que él creía le supondrían una gran ayuda a la hora de comprender la conducta neurótica. Su teoría del conflicto, realmente fecunda en el campo experimental, fue ampliada en los inicios de los cincuenta por él mismo y algunos colaboradores (Murray, Kraeling) a fin de explicar la conducta de desplazamiento indicada por Freud.

Menor importancia tienen algunos estudios llevados a cabo sobre algunos mecanismos freudianos (represión, fijación, regresión, etc.) protagonizados fundamentalmente por Sears y que él mismo menciona en su revisión ya mencionada de 1943.

A la hora de citar intentos sintéticos más globales y pretenciosos debemos comenzar por Robert R. Sears precisamente, quizá por ser entre los existentes el de menor alcance. Por otra parte su incorporación de las ideas psicoanalíticas a la teoría E — R no obedece a patrones únicamente freudianos; por el contrario se deja influenciar notablemente por el enfoque sociológico de Sullivan y en el fondo de su intento se cierne con frecuencia la sombra de G. H. Mead. A favor de Sears está su gran conocimiento de los estudios objetivos sobre los fenómenos psicoanalíticos, cosa que le conduce a una postura permanentemente crítica respecto a los mismos: sólo aceptará lo que considera haber superado la prueba experimental.

Mayor entidad hay que reconocerle al intento de O. H. Mowrer tal como lo presenta en *Learning theory and personality dynamics* (1950) y *Psychotherapy: theory and research* (1953). La aproximación que hace Mowrer a los problemas de la personalidad y de la psicoterapia en su versión psicoanalítica desde la teoría E — R se hace siempre contando con consideraciones tanto experimentales como clínicas, como corresponde a un hombre cuyos intereses en la teoría del aprendizaje han ido siempre a la par con sus intereses clínicos y psicoterapéuticos. Mowrer avala su postura con una importante labor experimental y una gran dedicación clínica; muchos de sus experimentos versaron sobre conceptos psicoanalíticos; su trabajo terapéutico, cuando abandonó el psicoanálisis entrados los cincuenta, lo basó tanto en técnicas

de grupo como de terapia conductual. Su labor con alcohólicos y su tratamiento de las enuresis le han dado una gran fama. Dentro del marco de este artículo nos interesa insistir en la perspectiva clínica de Mowrer; de hecho, una vez que abandonara el psicoanálisis como marco de referencia de la terapia y de la etiología de la conducta neurótica, lo abandonó también como fuente de hipótesis teóricas de interés. Desde final de los cincuenta sus intereses teóricos se han dirigido exclusivamente a los procesos cognoscitivos y al lenguaje.

El trabajo de Mowrer parte de Hull y de Freud —el expuesto en las obras citadas— pero acaba por apartarse tanto de los dos que difícilmente puede hablarse de una síntesis de ambos; en este sentido, su obra es mucho más atípica que la de Dollard y Miller. Casi nos atreveríamos a decir que, en buena parte, ello se debe a su teoría bi-factorial del aprendizaje, que dista considerablemente de la de Hull y en la que se nota la influencia de Freud por la importancia que confiere en ella a las emociones de «fear» y «hope», y a los esfuerzos algo forzados que lleva a cabo por acomodar a ella los principales conceptos freudianos. La teoría, que había expuesto ya en 1947, le lleva a decir que el principio de realidad de Freud se relaciona no con el «aprendizaje de solución» (condicionamiento de solución) regido por el sistema nervioso central sino con el de «signos» (condicionamiento clásico) regido por el vegetativo. No es extraño que Wolman (1971, 403-405) se pregunte si Mowrer había entendido bien a Freud.

En cualquier caso, dada la interrelación existente entre los conceptos freudianos y supuesto que para Freud el yo es gobernado por el principio de realidad, no es raro que puntos de vista como el antes expuesto le conduzcan a posturas bien distintas en el modo de concebir las relaciones intrapsíquicas a las sostenidas por Freud. En efecto, Mowrer sostiene que la neurosis no surge cuando el yo a mandatos del superyó reprime excesivamente al ello, sino cuando el yo manteniéndose bajo el imperio inicial y completo del ello reprime él mismo al superyó. En términos de la teoría del aprendizaje de Mowrer: las pulsiones primarias del ello controlan al yo, lugar del aprendizaje de soluciones, y lo dirigen al bloqueo del superyó, lugar del aprendizaje de signos, de los impulsos adquiridos, de la culpa y del miedo, en definitiva, del aprendizaje emocional, básico en las relaciones sociales. Lo cierto es que el intento de Mowrer tiene un importante valor testimonial de la tendencia hacia la convergencia de neoconductismo y psicoanálisis que estamos analizando e historiando, pero fuera de esto y de algunas observaciones de indudable interés, su teoría no ha tenido mayor transcendencia.

Incomparablemente más citada y mucho más «típica» es la obra de Dollard y Miller de 1950 *Personality and psychotherapy: an analysis in terms of learning, thinking and culture*. Como tal podemos decir que constituye el culmen del proceso de convergencia entre ambos modos de concebir la psicología. La teoría de Hull es asumida en sus líneas básicas y sus principios de aprendizaje sólo son simplificados y mínimamente corregidos —correccio-

nes que luego asumiría en buena parte el mismo Hull— en orden a una mejor formulación de los procesos psicológicos expuestos por el psicoanálisis. La teoría de Freud es bien conocida por Dollard y por Miller; ambos tienen intereses terapéuticos reales y ambos han pasado por un análisis didáctico. Y lo que es fundamental: la explicación psicoanalítica de las neurosis y su proyecto terapéutico —a través de la palabra— son aceptados de entrada. El libro, que recoge ideas expuestas por los autores en las aulas universitarias ya antes de la Segunda Guerra Mundial, pretendía inicialmente ser sobre «psicoterapia» y más concretamente sobre el tipo de práctica terapéutica que les era «familiar»: la freudiana.

Sin embargo, pronto comprendieron que tal intento sería incompleto sin una exposición previa de una teoría de las neurosis, cosa que conllevaba a su vez la de una teoría de la personalidad «normal», ya que, como ellos afirman, la teoría de la personalidad es indivisible; aspectos normales y patológicos, funcionamiento cotidiano o reconstrucción terapéutica obedecen todos ellos a unos principios comunes, que deben ser expuestos. Dollard y Miller son bien conscientes de algo que olvidan con frecuencia los lectores de su obra: la mayoría de sus ideas son hipótesis, no principios probados, y como tales invitan a la investigación y esperan de ella su validez.

Hay que señalar también que en la obra juegan un importante papel los aspectos culturales y antropológicos, que generalmente corren a cargo de Dollard igual que los relativos al aprendizaje son aportación de Miller, quien inserta en su obra buena parte de sus trabajos experimentales anteriores sobre los conceptos freudianos. Como ellos mismos aportan, su pretensión es aunar tres corrientes psicológicas distintas y sus respectivas aportaciones: la vitalidad del psicoanálisis, el rigor experimental de las teorías E—R y los hechos sociales y culturales que nos proporcionan las condiciones auténticas bajo las que aprenden y se conducen los seres humanos.

Las razones de su empeño en que los psicólogos experimentales se abran a las ideas de Freud son expuestas y conviene que tengamos en cuenta el punto de vista de Dollard y Miller dado el destino que va a tener su obra dentro del ámbito de aquéllos y de ellos mismos. Sostienen que Freud ha recogido una gran cantidad de material empírico en la situación psicoterapéutica, material que concierne a la conducta humana y a la personalidad y que constituye la mayor parte de las hipótesis válidas existentes en este campo. Tales hipótesis son en su opinión una fuente riquísima de investigación. No obstante, tienen claro que las observaciones derivadas de la situación terapéutica no conducen más que a hipótesis que esperan su comprobación experimental; ellos no están en condiciones de presentar tales posibles experimentos, pero esperan que su intento de sistematización, realizado en términos de los principios derivados del trabajo experimental, ayudará a los psicólogos a la formulación de enunciados comprobables empíricamente. Creemos haber dejado claro de este modo el auténtico propósito de esta obra, que en buena medida es una traducción de la teoría freudiana a los términos

E—R y que toda ella se basa, lógicamente, en un presupuesto básico: que neurosis y psicoterapia obedecen a las leyes del aprendizaje.

A partir de aquí los autores exponen estas leyes del aprendizaje que son el fundamento teórico de toda la obra; destaca, y ello es indicio de encontrarnos ya en pleno proceso de liberalización del neoconductismo, que dedique cuatro capítulos a los «procesos mentales superiores», incluido el lenguaje, ya que consideran que una de sus funciones principales es la resolución de los «problemas emocionales». Se pasa a continuación al problema del surgimiento de las neurosis, de su aprendizaje; en esta parte se consideran las situaciones familiares conflictivas y su vinculación a las «zonas erógenas»; los principales mecanismos freudianos: regresión, desplazamiento, proyección, etcétera; por supuesto, el inconsciente y la represión ocupan un lugar importante, así como el superyó, etc. Sin embargo, lo que ocupa la mayor parte del libro es la psicoterapia; no pueden ocultar los autores que éste es el aspecto de la obra de Freud que más les interesa y que era él el objetivo originario de su intento: si prescindimos de los índices y de las introducciones esta parte ocupa prácticamente la mitad de la obra.

¿Qué acogida tuvo el intento de Dollard y Miller, cuál fue su destino? Responder a tales cuestiones es importante porque al hacerlo comprobaremos la acogida y el destino de estos intentos de aproximación entre psicoanálisis y neuconductismo.

Desde luego, las críticas y las objeciones no faltaron. Los puntos de ataque fueron diversos y las perspectivas de los atacantes no siempre las mismas. En primer lugar hay que mencionar las críticas de los teóricos E—R que no consideran al psicoanálisis digno de atención científica alguna, que lo encuentran excesivamente complejo y ambiguo en sus formulaciones, constituido por enunciados tan escasamente formalizados que lo hacen imposible de verificar experimentalmente. Los teóricos tradicionales de la personalidad en general y los psicoanalistas en particular también tuvieron algo que decir: la personalidad es algo demasiado globalizante y unitario como para pretender ser conceptualizada en términos tan atomizantes y simples como los de la teoría E—R, que no acabarían en otra cosa que en reducirla a un manejo de hábitos. No se requiere, por otra parte, estar demasiado comprometido con Hull ni con Freud para objetar que un intento así debe tener muy en cuenta que los conceptos E—R se derivan del trabajo de laboratorio animal y que al ser aplicados a los fenómenos observados en la situación psicoterapéutica se les fuerza de tal manera que su validez queda muy cuestionada; además, ¿la rigurosidad de tales conceptos, su precisión y concreción no se van al traste, no se diluyen en puras analogías, al ser aplicados a situaciones humanas tan alejadas de las que son su fuente de validez teórica?

Tales objeciones tienen su importancia, aunque no creemos que aisladamente ni en su conjunto sean definitivas. Por sí mismas no justifican de ninguna manera el abandono que a lo largo de los cincuenta y ya hasta nuestros días conocieron tales intentos de aproximación. Más, y esto es fundamental,

cuando, como escribían Dollard y Miller en 1950, tales intentos tenían carácter meramente hipotético y a la espera de la verificación experimental. ¿Es que de repente las observaciones freudianas habían dejado de ser una posible fuente de hipótesis psicológicas? ¿O es que hasta entonces sólo lo habían sido secundariamente? Antes de adentrarnos en las respuestas a tales cuestiones, deberemos hacernos cargo de otra objeción más seria, creemos nosotros, que se hizo y se hace contra nuestro intento.

Se objetaba y se objeta que aun reconociendo las posibles similitudes entre las teorías de Hull y de Freud (ley del efecto y principio de placer, etc.), y sus pretendidas complementariedades, se trata de dos teorías excesivamente distintas como para pretender su convergencia sintética. Se aduce, por ejemplo, lo difícil de hermanar que resultan el ambientalismo conductista y el biológico freudiano, la enfatización de los neoconductistas en los procesos de aprendizaje y la psicoanalítica en las estructuras psicológicas internas, etc. Se trata, en definitiva, de una objeción que pone de relieve la oposición, al menos, entre un modelo psicodinámico que insiste en la sustantividad intrapsíquica y que hace a la conducta dependiente especialmente del dinamismo interno e inconsciente del sujeto, y un modelo E — R que pone todo su énfasis en los estímulos como determinantes casi exclusivos de los conductas y que no reconoce a la subjetividad otra sustantividad que, en todo caso, la de unas variables intervinientes de entidad no simple clarificada.

Aun reconociendo que la objeción es importante, pensamos que tampoco es definitiva. Lo sería, ciertamente, si lo que se hubiera pretendido fuese una síntesis precipitada entre ambas teorías. Sin embargo, éste no es el caso. Los neoconductistas necesitados de conceptos motivacionales habían acudido a buscarlos en el psicoanálisis procediendo con sumo tiento. Cuando Dollard y Miller se lanzaron a una tarea más pretenciosa lo hicieron bien conscientes de sus límites, con el propósito de facilitar la formulación de enunciados hipotéticos capaces de ser verificados en el experimento. De ninguna manera presentaron su obra como la «síntesis deseada». Más aún, aun reconociendo la validez al menos relativa de algunas objeciones, en general no faltaron voces académicas que recibieron estos intentos con auténtico entusiasmo, sobre todo, porque creían que de este modo se iban a enriquecer notablemente el contenido y los temas del neoconductismo.

Pero el hecho es que apenas iniciados los cincuenta tales intentos de convergencia, globales o parciales, pasaron a mejor vida, no sin pesar de algunos: Hilgard, Wolman, etc.) que veían en ellos un camino de enriquecimiento de la psicología. ¿Por qué? ¿Fue por razones estrictamente teóricas? ¿Acaso el rompimiento de aquellos intentos obedeció a que se habrían realizado por razones inicialmente «funcionales»? ¿Si hubiera sido así, no estaría esto en contradicción con la pureza metodológica y el rigor teórico que caracteriza a la psicología conductista?

Las razones de una crisis

La luna de miel entre neoconductismo y psicoanálisis duró poco tiempo. Ya no digamos intentos globales tipo Mowrer o Dollard y Miller; cualquier tipo de incorporación de conceptos psicoanalíticos por el neoconductismo cesó casi automáticamente a mediados, o antes, de los cincuenta. Los mismos Miller y Mowrer abandonaron sus programas iniciales y se despreocuparon de esta problemática. Atribuir este fenómeno histórico a que el psicoanálisis fuese visto desde entonces como una teoría carente de valor científico apenas tiene sentido. Nunca dejaron los críticos de plantearle este tipo de objeciones y sin embargo a finales de la Segunda Guerra Mundial y aun antes un buen número de científicos neoconductistas no ocultaron su entusiasmo por el mismo. Aunque por sí solas no creemos que bastaron, existían unas razones objetivas, razones que nos vienen dadas en los escritos de quienes mayormente se distinguieron en el proceso de distanciamiento de intentos como los descritos. Nos estamos refiriendo a Eysenck, Rachman, Wolpe, Skinner, etcétera. Si prescindimos de los tópicos clásicos sobre la cientificidad del psicoanálisis, tópicos que se repiten en sus escritos pero que no son los especificantes de los determinantes de esta situación histórica, los argumentos que se esgrimen serían los que vamos a exponer a continuación. Tales argumentos se apoyan, en algunos casos, en trabajos experimentales y teóricos que se remontan a tiempos relativamente tempranos de la psicología científica, pero comenzaron a presentarse de forma sistemática y continua a partir de mediados los cincuenta; si tuviéramos que elegir una fecha optaríamos por 1952, fecha de aparición de un corto pero importante artículo de Eysenck. Vayamos ya con las líneas de argumentación.

En primer lugar se encuentra la que apunta hacia la naturaleza y la adquisición de la neurosis. En general los psicólogos de orientación conductista y objetiva interesados en los problemas clínicos sostienen que el modelo de enfermedad mental subyacente al psicoanálisis está ya superado y que no es más que el modelo médico trasplantado del mundo orgánico al mundo psíquico. Según dicho modelo la enfermedad mental es considerada como algo individual, que le concierne sólo al individuo, en lo que cabe distinguir entre causa y síntoma; éste no sería más que la expresión subyacente de aquélla y si en el tratamiento correspondiente no se ataca la causa no se conseguirá una curación auténtica. Aun en el caso de que se suprimieran los síntomas pronto aparecerían otros. Dicho en términos psicoanalíticos: si no se concientia el conflicto inconsciente que determina los síntomas, la curación no se logra, la manifestación de aquél tendrá lugar por el lugar más sorprendente.

Tal modelo estaría ya superado y tal superación tiene mucho que ver con las teorías del aprendizaje. Desde hace unos veinte años un nuevo modelo se impone; la neurosis exige ser entendida en términos no de enfermedad sino de conducta y en continuidad con la conducta normal. Estos conductistas coinciden en que la neurosis se adquiere, pero el proceso de aprendizaje queda

suficientemente explicado por las leyes del aprendizaje y del condicionamiento. Según este nuevo modelo la neurosis consiste en los síntomas mismos, siempre que éstos se entiendan en su totalidad, es decir, no sólo en sus aspectos motores y esqueléticos, sino con sus aspectos emocionales, autonómicos, etcétera. Tales síntomas, en última instancia, deben ser entendidos como hábitos más o menos persistentes e inadaptados, y consiguientemente adquiridos por un proceso de aprendizaje. En este sentido, dentro de este modelo no cabe hablar de otra causa que no sea tal proceso, entendido como proceso de mediación entre el individuo y su medio, de naturaleza preferentemente social, y en el que este medio le proporciona a aquél unos hábitos inadaptados. Es evidente que un modelo así responde mucho mejor a los principios del aprendizaje que son el bagaje fundamental de todo conductista y es más coherente con ellos. Ahora bien, ¿este modelo es pura especulación o se apoya en alguna evidencia empírica?

Es aquí donde toca hacer una mención de las llamadas neurosis experimentales, fenómeno conductual que se remonta a Paulov y al mismo Watson, que no dejó nunca de ser estudiado en los laboratorios animales soviéticos y americanos, que a finales de los cuarenta comenzó a ser investigado decisivamente por Wolpe en Sudáfrica y que a partir de los cincuenta (Wolpe, 1958) pasó ya a ser expuesto con gran insistencia y sistematización en favor, entre otras cosas, de dicho modelo de enfermedad mental. Carece de sentido hacer en el marco de este artículo una exposición exhaustiva de esta problemática, dado que existen entre nosotros obras que lo hacen sobradamente (Cosnier, 1975; Wolpe, 1975, orig., 1958). Nos conformaremos con hacer un par de consideraciones: nos basaremos en el citado Wolpe.

Reconoce éste que las primeras neurosis experimentales se remontan al trabajo de Paulov y sus colaboradores hace unos setenta años, así como que desde entonces tales experimentos se han reproducido siguiendo muy diversos métodos. La enumeración de tales experimentos sería interminable: Paulov y los soviéticos, Grantt, Wolfe y Jackson, la serie de trabajos realizados en la Universidad de Cornell, Maier y Masserman, etc. Generalmente las conclusiones sacadas de ellos fueron confusas y bastante simplistas; sus realizadores no captaron la importancia que tenían de cara a una posible explicación de las neurosis de acuerdo con los principios mismos del aprendizaje, principios que constituían el fondo teórico de los mismos. Fue Wolpe quien demostró de forma definitiva que el comportamiento neurótico puesto de manifiesto en aquellos experimentos era un resultado del aprendizaje. En tal demostración desempeñaron un papel fundamental unos experimentos sobre producción de neurosis llevados a cabo por el mismo Wolpe. A partir de aquí a éste no le costó mucho demostrar que las neurosis humanas podrían explicarse del mismo modo, por los principios del aprendizaje, cosa por lo demás bien conductista. La evidencia empírica aportada por Wolpe es considerable y en años posteriores se ha visto aumentada. Los conductistas empezaban a tener una alternativa conductual y psicológica de acuerdo con sus teorías al problema de las neurosis. Pero ¿qué decir de la curación?

También aquí los conductistas se han mostrado fuertes desde los cincuenta, siendo ésta su segunda línea de argumentación en el problema que estamos tratando. Fue Wolpe en 1958 quien junto con su teoría de las neurosis presentó también un proyecto bastante acabado de lo que podría ser una terapia inspirada en los principios del condicionamiento clásico. Él mismo reconocía que su terapia se remontaba a los trabajos de Watson con el pequeño Albert, que se inspiraba en los trabajos ya citados sobre neurosis experimentales y que, sobre todo, se fundaba en un estudio sobre miedos infantiles realizados por Mary Cover Jones en 1924. Sin embargo, fue él mismo quien al parecer habló por vez primera de «terapia de conducta» y fue a partir de entonces cuando el método se generalizó ampliamente. Es sabido, por lo demás, que la terapia de conducta se inspira teóricamente en el condicionamiento clásico de Pavlov y en las ideas de Hull y que su paradigma fundamental es la «inhibición recíproca», siendo la «desinsibilización sistemática» la más conocida de sus técnicas.

No es éste, desde luego, el único tipo de terapia conductual de que se valen hoy día los psicólogos clínicos. También iniciados los cincuenta se comenzó pronto a trabajar con técnicas inspiradas en el condicionamiento operante y por tanto basándose más en el control de los efectos de las respuestas que en el de los estímulos que las determinan. Se hablará en este caso de «modificación de conducta» y Skinner será su inspirador. Ya en la conocidísima *Ciencia y conducta humana* (1953) se había ocupado bastante a fondo de la psicoterapia psicoanalítica, que por supuesto reinterpretó en términos de refuerzo y de castigo, prescindiendo de todo construct intrapsíquico. Pronto aparecieron diversos informes de tratamientos de pacientes humanos, especialmente psicóticos, mostrando la eficacia del condicionamiento operante en este campo. El interés por el condicionamiento verbal se hizo en seguida patente y cuando en 1957 apareció *Verbal Behavior* su aplicación a la terapia ya era un hecho. Por otra parte, el mismo decrecimiento de la psicoterapia psicoanalítica y el interés creciente por las técnicas conductuales de otro tipo favoreció la aplicación de estas técnicas en la clínica cosa que se viene llevando a cabo con claros éxitos sobre todo en el terreno de los psicóticos y autistas.

Si a estos métodos añadimos otros igualmente objetivos aunque inspirados en otros tipos de aprendizaje, presuntamente superior a los condicionamientos clásicos e instrumental, con clara participación de los procesos cognoscitivos superiores y de variables de naturaleza eminentemente social, como pueden ser los inspirados en la teoría del «locus of control» de Rotter (1954) o en el aprendizaje vicario del ya bien conocido entre nosotros Bandura, tendremos ya una amplia panorámica de las técnicas terapéuticas a las que pueden acudir los psicólogos clínicos que prefieran inspirarse en las bien fundadas teorías del aprendizaje. Y, sobre todo, los psicólogos neoconductistas abocados de alguna manera a ocuparse de los problemas aplicados de la psicología clínica cuentan ya con una alternativa psicológica basada en sus principios teóricos que puedan ofrecer a los interesados en el tratamiento de los enfer-

mos mentales. Ahora bien, ¿se trata de una alternativa «teórica» o de una alternativa «real»? es decir, ¿las terapias conductuales curan más y mejor que el psicoanálisis o viceversa?

Es entonces cuando entramos ya en la tercera línea de argumentación con que los conductistas actuales justifican su apartamiento del psicoanálisis. Ya Eysenck en 1952 —desde luego que sólo en un sentido muy amplio podemos considerarlo como «conductista»— y Wolpe en 1958, y desde entonces este tipo de argumentos ha sido una constante entre los representantes de estas terapias, pusieron de relieve la superioridad de los resultados de sus técnicas sobre las psicoanalíticas, y en todo caso la poca eficacia de éstas, considerados sus resultados en simple comparación con la recuperación o remisión espontánea. La cosa tiene su lógica: de poco valía presentar una teoría de la neurosis y unos métodos terapéuticos fundados en las muy bien basadas empíricamente teorías del aprendizaje si sus resultados clínicos no superaban a los del psicoanálisis. Desde una perspectiva clínica esto resulta evidente.

Esto explica que ya Eysenck, en su famoso artículo de 1952, pusiera de relieve que un simple análisis estadístico demuestra que los resultados del tratamiento psicoanalítico son muy dudosos. A partir de entonces, en sus numerosos libros y artículos ha vuelto a este tipo de consideraciones reiteradamente (cf., p. e., 1977, recién aparecido entre nosotros). Su argumentación consiste en que las pretensiones psicoanalíticas deberían apoyarse en unos resultados terapéuticos que fueran mejores que los esperados de la remisión o recuperación espontánea y en su caso de otros tratamientos distintos. Ahora bien, tal apoyo no se da. Parece seguro que las remisiones espontáneas en el terreno de las neurosis es de un 40 a un 50 por 100 en el primer año; de un 60 a un 70 en el segundo y de un 90 en 5 años. Por otra parte el tratamiento psicoanalítico no rebasaría nunca estos resultados y estaría casi siempre por debajo de ellos. Las psicoterapias eclécticas, que resultarían las más eficaces, superarían aquellos resultados pero muy escasamente, quizá en un 10 por 100 o poco más.

Pero no basta con poner de relieve la ineficacia del psicoanálisis; la argumentación, para ser válida y coherente, tiene que demostrar que realmente las técnicas conductuales mejoran significativamente aquellos resultados. Ni que decir tiene que tales consideraciones, junto con otros que aluden a su mayor rapidez y menor coste, con sus correspondientes datos se repiten con frecuencia. Dado que aquí lo que se pretende es exponer el tipo de argumentos aducidos y no tanto su análisis exhaustivo, bástenos con señalar que ya en 1958 Wolpe informaba que de unos 200 casos tratados por él y sus colaboradores según sus técnicas terapéuticas, el 90 por 100 se había curado o experimentado sensibles mejorías. Desde entonces este tipo de informes se ha repetido sucesivas veces y en el mismo sentido. La revista fundada a inicios de los sesenta y editada por Eysenck *Behavior Research and Therapy* ha publicado buena parte de ellos.

En este mismo contexto se han repetido también otros argumentos de

naturaleza más teórica, aunque de inspiración igualmente clínica, tendentes a demostrar la superioridad de las terapias conductuales sobre las psicoanalíticas. Se ha dicho, p. ej., que el psicoanálisis predice que si no hay concienciación de los complejos reprimidos causa de los síntomas, la curación no se logrará y que los síntomas —los primeros u otros— volverán a aparecer, aunque inicialmente hayan llegado a suprimirse; por el contrario, las terapias de orientación conductista predecirían que desaparecidos los síntomas desaparece la neurosis y que ya no vuelven a aparecer ni los primeros ni otros. Pues bien, los representantes de esta última tendencia que se han mantenido alerta a fin de comprobar cuál de las dos predicciones se cumple testimonian que la recurrencia de los síntomas o la aparición de nuevos en lugar de los viejos extinguidos es nula o prácticamente nula. Dada la importancia que tal predicción tiene en la teoría psicoanalítica, tal comprobación resulta casi definitiva para los terapeutas conductuales. En una línea muy similar éstos sostienen que el hecho hoy ya no puesto en duda de la remisión espontánea contradice igualmente a las ideas freudianas, mientras que es perfectamente explicable desde las leyes del aprendizaje.

No obstante y aun dentro de la seguridad con que los terapeutas de la conducta exponen sus argumentos, se ha de añadir que ellos mismos reconocen que ha de pasar algún tiempo hasta que los resultados ciertamente promisorios de su alternativa queden plenamente corroborados.

Tenemos así ante nosotros una panorámica de los argumentos en que se apoyan los psicólogos académicos de orientación objetiva y conductista, y al mismo tiempo interesados en la problemática clínica, para justificar su alejamiento del mundo de ideas freudianas. No se trata aquí de valorar ahora desde un punto de vista objetivo y científico tales argumentos, sino de constatarlos. No obstante, cabe hacer algunas consideraciones. En primer lugar, resulta perfectamente coherente que el neoconductismo actual a la hora de afrontar los problemas clínicos lo haga basándose en las teorías del aprendizaje desarrolladas dentro de su tradición, más cuando vienen avaladas con un alto grado de reconocimiento científico.

En segundo lugar, los psicoanalistas se han de tomar muy en serio los argumentos que les presentan los terapeutas de la conducta, especialmente en lo que respecta a los resultados de su terapia. Estos argumentos tienen auténtico peso y deben ser escuchados. No basta con decir que son dos formas distintas de curar o que en el fondo lo único que varía es el lenguaje. No, somos unos convencidos de que el porvenir del psicoanálisis depende únicamente de que se muestre eficaz en la terapia, éste es el único terreno que tiene donde demostrar su validez, por supuesto también la científica. Su porvenir no depende de que se proclame con mayor o menor fuerza su valor científico, sino de que cure y que cure tan bien o mejor que las demás terapias. Por supuesto que el problema es complejo y tiene muchas vertientes que deben ser consideradas, pero el problema está ahí y Freud supo desde el primer momento que estaba ahí.

En tercer lugar, los terapeutas de orientación conductista han de ser bien conscientes —algunos lo son, pero no todos— de que lo promisorio de sus resultados no supone que no queden aún muchos problemas por resolver. Los problemas de lo normal y lo patológico tienen muchas dimensiones, entre ellas las culturales y sociales, cuyas relaciones y significación no siempre son tenidas en cuenta en su contexto. Por otra parte, la distinción entre los dos modelos que hemos mencionado de enfermedad mental tiene un evidente valor, pero siempre que se tenga en cuenta que tal distinción se torna más difícil cuando de lo conceptual se pasa a lo real. A éstos hay que añadir otros aspectos más técnicos que no están aún clarificados: qué tipos de trastornos corresponden más operativamente a qué tipos de técnicas, cómo se relacionan entre sí y en el contexto terapéutico los distintos niveles conductuales, etc.

Conclusiones

Hechas estas consideraciones, estamos ya en condiciones de poder sacar una serie de conclusiones de las ideas y datos expuestos hasta aquí. La psicología académica, de orientación básicamente conductista, se cerró en un principio al psicoanálisis y en general a todo tipo de psicología aplicada, incluida la clínica. A pesar de su fondo funcionalista tal actitud dentro de la psicología académica tenía su razón de ser: los psicólogos experimentales estaban demasiado preocupados por alcanzar su identidad científica, tanto en el ámbito del método como en el de la teoría, como para poder ocuparse de los problemas clínicos. Por una serie de razones tal postura se liberalizó y la psicología académica se hizo más receptiva a éstos. Al hacerlo se encontró con la única teoría psicológica que de hecho los afrontaba: la psicoanalítica. Este hecho explica el interés con que buena parte del neoconductismo acogió al psicoanálisis, especialmente a lo largo de los cuarenta. Tal receptividad es perfectamente explicable históricamente. Aquella época de rigor en la teoría y en el método mantuvo latente algo que estaba presente y activo en la psicología americana y en el mismo conductismo desde sus respectivos orígenes: su enfoque funcional y en definitiva pragmático; superada aquella época de rigor, este enfoque se patentizó o al menos se hizo operante. Es cierto que aquella aproximación del neoconductismo al psicoanálisis sirvió para enriquecer teóricamente a las teorías del aprendizaje con algunos conceptos motivacionales, pero creemos que tal enriquecimiento fue una consecuencia de un fenómeno que obedecía prioritariamente a un proceso históricamente necesario de aproximación del neoconductismo a la psicología clínica. *Esto es lo que demuestra el destino de aquellos instantes.*

Tal aproximación de la psicología académico-experimental a la psicología clínica no acabó con el rompimiento de la luna de miel entre neoconductismo y psicoanálisis habido en los inicios de los cincuenta. Todo lo contrario. Precisamente una de las características de la psicología de los últimos veinte años

consiste en el creciente interés por la psicología clínica, en contraste con el descenso experimentado en otras áreas como la general, cosa que coincide justamente con el ascenso experimentado en la dedicación de los teóricos del aprendizaje a sus problemas, otra de las notas de la psicología actual no sólo americana, sino mundial. Que en su aproximación a la problemática clínica los teóricos del aprendizaje se valgan de unas teorías y de unos métodos más coherentes con sus principios E-R resulta algo perfectamente válido.

Lo que no nos parece tan lógico y coherente es el rechazo casi feroz del psicoanálisis que esto supuso desde el momento mismo en que hicieron su aparición las nuevas teorías y métodos junto con las críticas anexas a la eficacia terapéutica del mismo. En este sentido resultan bien expresivas las actitudes mostradas por Miller y Mowrer. A mediados de los cincuenta el primero abandona su proyecto de 1950 y pasa a dedicarse a una investigación de naturaleza básicamente fisiológica; el segundo abandona totalmente la orientación psicoanalítica en la clínica y se convierte en uno de sus principales detractores. Por otra parte el interés *teórico* de los experimentalistas por los conceptos psicoanalíticos desapareció por completo, siendo justamente este aspecto el que no nos parece de entrada nada lógico.

La cuestión de la eficacia clínica de las terapias conductuales, de la de la psicoterapia psicoanalítica, de su superioridad relativa, etc., no está ni mucho menos saldada, aunque hoy parecen mejor colocadas las primeras. Pero es que lo estaba mucho menos hace veinticinco años. Es claro que el efecto de la posible eficacia clínica y terapéutica sobre la cuestión del valor teórico-científico del psicoanálisis es básico y fundamental, decisivo. Si el psicoanálisis careciera de eficacia su edificio teórico se desplomaría. Ahora bien, ésta no es una cuestión que esté decidida ahora ni lo estaba desde luego en los inicios de los cincuenta. Esto supuesto, era perfectamente válido considerar las ideas freudianas como fuente de hipótesis teóricas y la situación terapéutica como un lugar de observación privilegiado, al menos, en la medida en que ciertos fenómenos psicológicos de presunto interés difícilmente iban a ser accesibles en otro contexto o situación. Ésta era la actitud que parecía derivarse del espíritu de Yale y tal presunta actitud inicialmente dio buenos resultados teóricos para el neoconductismo. No se trataría de aceptar el psicoanálisis o sus conceptos sin pasarlos por la prueba del experimento; tampoco de negar la dificultad de formular algunas de sus ideas en unos enunciados que lo permitieran; simplemente, de reconocerle unas posibilidades al nivel mencionado. Sin embargo, aquel movimiento de aproximación pronto entró en crisis, en una crisis profunda. ¿Es que de repente se le negaban al psicoanálisis aquellas posibilidades?

De hecho, así era. Como acababa de ser lo contrario. El que la psicología académico-experimental de orientación conductista, a la que generalmente se le identifica como una psicología centrada únicamente en la investigación básica de los procesos psicológicos y en las tareas teóricas de fondo, se despreocupara de repente y, creemos, sin motivos suficientes de la teoría psico-

analítica como lugar de posible enriquecimiento teórico, sólo nos parece explicable suficientemente si se patentiza y explicita también el carácter fuertemente funcional y por tanto pragmático que informaba ya antes a tal psicología. Por supuesto que tal reconocimiento no va contra el valor científico del conductismo o de la psicología experimental. Simplemente significa que tal tipo de psicología ha sabido conjugar el rigor científico con el enfoque pragmático; lo cual es lo mismo que decir que su dedicación a la investigación básica o a la elucidación científica de los problemas psicológicos, que es cierta, no es lo único que la define. Se la define también desde lugares que son ajenos a tal investigación básica o, al menos, no directamente vinculados a ella; en definitiva desde la psicología aplicada. De ahí que tal psicología se dedique a la investigación básica de los problemas psicológicos, pero de los problemas psicológicos que se le postulan. Reconocer este hecho o patentizarlo no es poner en cuestión lo que la psicología académica americana haya podido aportar a la identidad científica de la psicología. Es simplemente testimoniar que tal psicología antes que conductista ya era funcionalista.

RESUMEN

La recepción inicial del psicoanálisis dentro de la psicología académica americana fue marcadamente negativa. Muy distinta fue la situación dentro de la psiquiatría, que en América siempre había visto con buenos ojos los enfoques dinámicos y que acogió positivamente al psicoanálisis. Este hecho facilitó que cuando la psicología clínica, pasada la Primera Guerra Mundial, creciera y se viera abocada a ocuparse de tareas diagnósticas más complejas, así como de otras terapéuticas, aceptara bien el psicoanálisis, que de hecho se le presentaba desde el mundo psiquiátrico como la única alternativa psicológica al problema de la etiología de las neurosis y de su curación. Entre tanto la psicología académica-conductista que había pasado por una época de gran rigor en los veinte y en los treinta, se fue liberalizando. Esto y la presión de la psicología clínica sobre ella hizo que se interesara por los problemas de ésta, cosa que trajo consigo su aproximación al psicoanálisis. Tal aproximación enriqueció con importantes conceptos motivacionales algunas de las teorías neoconductistas del aprendizaje; no obstante, obedecía más a la vocación funcional y pragmática de la psicología americana y de la conductista, que le exigía una apertura a los aspectos clínicos y lo que éstos suponían. Esto es lo que explica que tal aproximación fuera abandonada casi de repente al inicio de los cincuenta, cuando aparecieron las nuevas terapias conductuales y la nueva explicación de la adquisición de las conductas neuróticas. El que los teóricos del aprendizaje optaran por tales explicaciones y tales terapias nos parece absolutamente coherente y válido. Lo que no nos parece tan lógico es que el conductismo abandonara de repente su aproximación a la teoría psicoanalítica renunciando a ésta como posible fuente de hipótesis psicológicas de

interés teórico. El sentido de la aproximación y de la crisis entre psicoanálisis y neoconductismo radica, creemos, en la naturaleza funcional y pragmática, que junto con su indudable rigor científico, caracteriza al conductismo.

RÉSUMÉ

L'accueil fait au début par la psychologie académique américaine à la psychanalyse fût nettement négatif. Très différente était, par contre, la situation dans la psychiatrie qui, en Amérique, avait toujours jugé favorablement les approches dynamiques, et qui, pour cette raison, admit de manière positive la psychanalyse. Ainsi, lorsque la psychologie clinique, après la première Guerre Mondiale, se développa et fût obligée de s'occuper de tâches diagnostiques plus compliquées ainsi que d'autres mesures thérapeutiques, elle accepta de bon gré la psychanalyse, laquelle, dans le monde psychiatrique, se présentait comme étant la seule alternative psychologique au problème de l'étiologie des névroses et de leur guérison. Entre temps, la psychologie académique-behavioriste émergeait d'une période de grande rigidité —les années vingt et trente— et se libérait lentement. Tout cela, avec en plus la pression de la psychologie clinique, provoqua son intérêt pour les problèmes de celle-ci, ce qui eût pour résultat son approximation à la psychanalyse. Une telle approximation enrichît avec d'importants concepts motivationnels quelques-unes des théories néo-behavioristes de l'apprentissage; néanmoins, elle était plutôt le résultat de la vocation fonctionnelle et pragmatique de la psychologie américaine, et en particulier de la psychologie behavioriste, qui exigeait une ouverture sur les aspects cliniques et leur signification. C'est ici qu'il faut chercher les raisons du soudain abandon de cette approximation au début des années cinquante, au moment de l'apparition des nouvelles thérapies behavioristes et de la nouvelle explication des origines du comportement névrotique. Il nous semble absolument cohérente et valable que les théoriciens de l'apprentissage aient pris parti pour de telles explications et de telles thérapies. Ce qui nous semble moins logique c'est que le behaviorisme, tout d'un coup, ait abandonné son approximation à la théorie psychanalytique, renonçant ainsi à la prendre en considération en tant que possible source d'hypothèses psychologiques d'intérêt théorique. Le sens de l'approximation et de la crise entre psychanalyse et néo-behaviorisme se trouve, nous semble-t-il, dans le caractère fonctionnel et pragmatique qui, parallèlement à une rigueur scientifique indiscutable, distingue le behaviorisme.

SUMMARY

Academic American psychology initially showed a markedly negative attitude towards the reception of psychoanalysis. Very different was the situation in American psychiatry, which had always considered in a positive way any dynamic approach and thus showed itself favourably disposed towards

psychoanalysis. This fact explains that psychoanalysis—which from the psychiatric point of view represented the only psychological alternative to the problem of the etiology of neurosis and its treatment—was well received when, after the First World War, clinical psychology extended and inevitably had to undertake more complex diagnostic tasks as well as other therapies. Meanwhile, academic behaviorist psychology, emerging from a period of great rigidity in the twenties and thirties, was slowly turning more liberal. This development, together with the pressure exercised by clinical psychology, resulted in an approximation towards psychoanalysis. This approximation enriched some of the neo-behaviorist theories of learning with important motivational concepts; yet it was rather a result of the functional and pragmatic vocation of American psychology—specially behaviorist psychology—which required an openness to the clinical aspects and their significance. This explains why that approximation was suddenly abandoned at the beginning of the fifties coinciding with the appearance of new behaviorist therapies and the new explanation of the origin of neurotic behaviour. The fact that the theorists of learning should opt for these explanations and therapies appears to us absolutely coherent and valid. Far less logical, so it seems to us, is the abrupt withdrawal of behaviorism from all psychoanalytic theory, thus discarding it as possible source of theoretically interesting psychological hypothesis. In our opinion, the sense of both the approximation and the crisis between psychoanalysis and neo-behaviorism lies in the functional and pragmatic nature which, together with its unquestionable scientific rigor, characterizes behaviorism.

BIBLIOGRAFÍA

- ATKINSON, J. W.: *An introduction to motivation*. Van Nostrand Reinhold. Nueva York, 1964.
- BANDURA, A.: *Principles of behavior modification*. Holt. Nueva York, 1969.
- BANDURA, R., y WALTERS, R. H.: *Social learning and personality development*. Holt. Nueva York, 1963.
- COSNIER, J.: *Neurosis experimentales*. Taller de Edics. Madrid, 1975.
- DOLLARD, J., y MILLER, N. E.: *Personality and psychotherapy*. McGraw Hill. Nueva York, 1950.
- FYSENCK, H. J.: The effects of psychotherapy. *J. Consult. Psychol.* 16, 319-324 (1952).
- The dynamics of anxiety and hysteria*. Routledge and Kegan Paul. Londres, 1957.
- Learning theory and behavior therapy. *J. Ment. Sci.* 105 61-75 (1959).
- Psicología: hechos y palabrería*. Alianza Editorial. Madrid, 1977. (Ed. org. 1965.)
- EYSENCK, H. J., y RACHMAN, S.: *The causes and cures of neuroses*. Knapp. San Diego, 1965.
- MISIAK, H., y SEXTON, V. S.: *History of Psychology*. Grune and Stratton. Nueva York, 1966.
- MOWRER, O. H.: *Learning theory and personality dynamics*. Ronald Press. Nueva York, 1950.
- Psychotherapy theory and research*. Ronald Press. Nueva York, 1953.
- OBERNDORF, C. P.: *A history of psychoanalysis in America*. Grune and Stratton. Nueva York, 1953.
- ROTTER, J. B.: *Social learning and clinical psychology*. Prentice Hall. Englewood Cliffs, N.J., 1954.
- SEARS, R. R.: *Survey of objective studies of psychoanalytic concepts*. Nueva York Social Science Research Council, Bulletin, 15 (1943).
- Experimental analysis of psychoanalytic phenomena. En *Personality and the behavior disorders*. J. McV Hunt, Ed. Ronald Press, Nueva York, 1944.
- SHAKOW, D., y RAPPAPORT, D.: *The influence of Freud on american psychology*. International Univ. Press. Nueva York, 1964.

- WOLMAN, B. B.: *Teorías y sistemas contemporáneos en psicología*. Mz. Roca. Barcelona, 1971. (4.^a ed.)
- WOLPE, J.: *Psychoterapy by reciprocal inhibition*. Standford Univ. Press. Standford, 1958.
- The practice of behavior therapy*. Pergamon Press. Nueva York, 1969.